

# MENTES PRIVILEGIADAS... ¿CORAZONES ROTOS?

Esconde las manos en los bolsillos de su sudadera. La mañana es fría en Barcelona. Su mirada es tímida e interrogante. Sergio (nombre ficticio, como el de los testimonios familiares que aparecerán en el reportaje para proteger su intimidad) tiene 15 años, gasta las deportivas enormes que tan de moda están entre los adolescentes y su cabello ensortijado brilla a la luz de un día de claroscuros. Nada en su apariencia lo distingue del resto de los jóvenes que acuden cada día al colegio. Además, como buena parte de ellos, Sergio tiene un bajo rendimiento escolar: sus problemas con las notas empezaron en primero de la ESO y ahora está repitiendo tercero. Sólo algunos detalles lo diferencian de sus compañeros de clase: tiene un coeficiente intelectual por encima de 130 (la mayor parte de la población está entre el 85 y el 115), una morfología cerebral diferente, recibe y procesa la información de una forma más rápida y avanzada y sus emociones y sensibilidad son intensas, igual que su sentido de la justicia, su inconformismo o su perfeccionismo. Tres diagnósticos han alcanzado la misma conclusión: Sergio es superdotado. Su cerebro es excepcional. Sin embargo, Clara y Luis, sus padres, confiesan que le cuesta levantarse por las mañanas, que no tiene ilusión ni interés por acudir al instituto. ¿Por qué un chaval con una capacidad extraordinaria para absorber conocimientos, analizarlos y elaborarlos ha perdido el deseo de aprender en la escuela? “La sociedad en que vivimos no acepta la diferencia y en los niños superdotados se aprecia un proceso de autoanulación de sus propias capacidades. Acaban siendo aceptados, pero a costa de la pérdida de sus talentos diferenciales. Acaban siendo aquello que no son y no son felices”, describe José de Mirandés, presidente de la Asociación de Padres y Madres de Niños Superdotados de Catalunya y secretario general del Consejo Superior de Expertos en Altas Capacidades.

**Un sistema sordo y ciego** Si Sergio sólo pensara y sintiera más que las personas que lo rodean, quizás no se habría dejado la esperanza por el camino; pero es que, además, recibe y procesa los conocimientos de manera diferente y vive sus emociones casi con vehemencia. Rechaza la repetición y aplaude el análisis. Relega la memorización y celebra el debate. Su manera de aprender y de sentir se aleja del estándar. Desafiándolo a sus 15 años, el resultado queda reflejado en el expediente escolar elaborado desde las jerarquías escolares: repetidor con pocas ganas de esforzarse. “Con el diagnóstico en la mano, tanto el instituto como el EAP (equipo de asesoramiento y orientación psicopedagógica de la Generalitat de Catalunya) concluyeron que lo único que necesitaba era aprender que tenía que trabajar. Nos dijeron que si tiene altas capacidades ha de demostrarlo con buenas notas”, manifiestan sus padres. Dos diagnósticos clínicos más y dos nuevos informes del EAP corroborando las altas capacidades de Sergio no han sido suficientes para que el instituto cambie de opinión: “La excelencia, para ellos, son notas excelentes, y nos han dicho que, si aprueba con excelente el primer trimestre, lo pasan a cuarto”, narra Clara. La situación con el colegio es tensa, porque las promesas de realizar una adaptación curricular, contemplada en la LOE (Ley Orgánica de Educación de 2006), no se han cumplido. “La ley en España establece la atención a la diversidad y la educación específica de los niños superdotados. Con esta ley estamos a la cabeza de los países desarrollados y en ella están recogidas las necesidades y especificidades de estos niños. El problema es que hay una distancia abismal entre la norma y la práctica”, expone José de Mirandés. Luis, padre de Sergio, casi no puede reprimir las lágrimas. Durante muchos años ha creído en un sistema que definía de vago a su hijo: “Y no lo es. Desde hace tres años somos conscien-



